

MISTERIO PRIMERO.
DE LA ORACION
QUE HIZO EL HIJO DE DIOS
en el Huerto.

205 **C**onsidera como el Miércoles Santo, habiendo cenado el Señor en casa de Santa María Magdalena en Betania, y recibido de su sierva aquel devoto obsequio de la agua de olores, con que le festejó, por lo qual se indignó el maldito Judas, y murmuró la acción, proponiendo en su depravado corazón vender á su Maestro, para sacar de su sangre lo que habia de hurtar de aquellos unguentos, si se le hubieran dado: viendo, pues, la Santa, y oyendo las palabras con que el Señor volvió por ella, diciendo que aquellos unguentos los habia hecho para su sepultura, y que á los pobres no les faltaria; y oyéndole decir á su Magestad Divina, que prestó los dexaria, comenzó á temer, como quien sabia la sentencia de muerte, que habian dado los Pontífices contra su Divino Maestro: le rogó que aquella Pasqua la hiciese en su casa, y no fuese á Jerusalem, porque habia orden para prenderle; pero el Señor le dixo, que en Jerusalem la habia de hacer en todo caso. Fuese la Santa á nuestra Señora, y pidióle encarecidamente se empeñase con su Divino Hijo para que no fuese á Jerusalem. Dice San Buena-ventura, que el Señor, acabada la cena, se fué al aposento de su Madre Santísima, para participarla como habia llegado el tiempo de su muerte; y estando hablando los dos, volvió á entrar la Magdalena, y nuestra Reyna Soberana le insinuó al Señor la petición de su amiga. Entónces su Divina Magestad se declaró, diciendo: Carísima Madre mia, la voluntad de mi Padre es que Yo haga la Pasqua en Jerusalem; porque ya ha llegado, y se ha cumplido el tiempo de la humana Redencion: ahora se cumplirán en mí las profecías, seré entregado á mis enemigos, y ellos harán en mí lo que quisieren, porque ha llegado su hora. ¿Quién podrá ponderar la pena de nuestra Señora, y el sentimiento de la Magda-

dalena! ¡O Hijo mio amantísimo! (diria la dolorosa, y afligida Madre). Todas las cosas son posibles á vuestro Eterno Padre; todas mis entrañas se han estremecido, y mi corazón se ha turbado de muerte con esas palabras: á la determinacion de vuestro Padre no sé contradecir: pero pedidle Vos, Hijo mio, que si es de su agrado, ordene otro modo de redimir á los hombres, que no sea por la muerte vuestra, puesto que no hay cosa imposible para su poder. Hazte, Christiano, hazte presente á este coloquio que duró lo restante de la noche, y mira las lágrimas del Hijo, y de la Madre, y como el Señor la consuela, y propone la voluntad de su Padre, que era el que muriese, y como por último nuestra Reyna ofrece su alma con la vida del Hijo Santísimo á la muerte, sacrificándose á sí misma en la mas triste, y dolorosa congoja que jamas en el mundo padeció, ni padecerá pura criatura; y aprende á resignarte en la divina voluntad en medio de tus trabajos.

206 Considera como el Jueves Santo se llegaron al Señor dos Discípulos, y le preguntaron, que en donde queria hacer la Pasqua. Y el Señor les dixo, que fuesen á Jerusalem, donde encontrarían un hombre con un cántaro de agua cargado: que le

siguiesen, y en la casa donde él entrase, hablasen al dueño, y le pidiesen de su parte el Cenáculo, y que allí dispusiesen la Pasqua. Salieron los dos Discípulos San Pedro, y San Juan, é hicieron lo que el Señor les mandaba: y Judas, que estaba á la mira porque queria venderle aquella noche, viendo que el Señor no se habia declarado, se quedó suspenso; pero luego, habiéndose ido los dos Apóstoles, él con achaque de ir con ellos se fué á los Pontífices, y le vendió, y pactó entregarle aquella noche; y luego se volvió á Betania, como que venia de disponer la Cena. Muchas cosas tienes que meditar en este punto: piensa lo primero el corazón de los dos Discípulos para con el Señor, y el corazón de Judas para con su Divina Magestad: ellos cuidadosos de disponerle la Pasqua, y él ansioso de hallar ocasion de venderle: ellos pensando cómo le han de regalar, y servir, y él discurriendo cómo le ha de beber la sangre, entregándole á los verdugos. Acuérdate cuántas veces á la hora que muchas almas santas se están desvelando en cómo han de agradar á Dios, tú acaso á la misma hora estás haciendo discursos cómo le has de ofender. Mira qué almas aquellas, y qué alma la suya. Qué deseos aquellos, y qué deseos los tuyos. Pien-

sa lo segundo la prudencia, y sabiduría de nuestro Señor, que uno, y otro resplandece en esta ocasion. Pudo decir á los Discípulos la casa determinada adonde les enviaba, y no quiso, por ocultárselo á Judas, para que con eso no le estorbase el obrar los altísimos Misterios que obró en aquella Cena; porque hubiera ido, y dado la noticia de la casa, y luego al entrar le hubieran preso. Aprende á tener prudencia, y tus secretos espirituales, y tus determinaciones solo á tu Confesor las comuniqués. Piensa la sabiduría del Señor, y como se manifestó Dios por las señas, y por haber movido el corazón de aquel Padre de Familias, para que con un simple recado alargase al Señor la pieza que él tenía preparada para sí; y aprende á obedecer las divinas inspiraciones, que recados son que el Señor envía á tu alma; y si te pide el Señor que le dexes las comodidades, y conveniencias que tu amor propio tiene dispuestas á tu carne, no se las niegues. Piensa lo tercero la sencillez, y obediencia ciega con que los Apóstoles obedecían al Señor: podían decirle que les mandase ir á casa determinada, ó podían preguntarle cómo se llamaba el dueño de la casa para irse allá derechos: podían dudar de topar con el hombre car-

gado con el cántaro, y en nua Ciudad tan grande, en donde encontrarían quizás muchos con lo mismo; y con todo nada dudan, obedecen sin réplica, fiados en que era Dios el Señor, y que como se lo decía, así sucedería. Obedece á tus Padres espirituales, que estan en lugar del Señor, y déxate de reparos, y dudas en contrario, si quieres que te suceda bien en el camino de la virtud.

207 Considera como el Jueves Santo á la tarde salió de Betania el Señor acompañado de su Madre sacratísima, y de los Discípulos, con Santa María Magdalena, S. Lázaro, y otros amigos que quisieron acompañarle; y habiendo caminado en silencio hasta cerca de la Ciudad, así se volvió el Señor á su Madre, y abrazándola con infinito amor, y ternura, se despidió de ella, hablándole al alma con estas, ó semejantes palabras: Dadme vuestra bendición, Madre amantísima, que voy á morir: confortaos en mi Padre, que ha llegado la hora de mi muerte, y vuestras penas, *ab eterno* ordenado todo, y decretado por consejo altísimo de mi Padre: arrojaos en el abismo de su infinita bondad, y providencia, que no os faltará, ni desamparará en los grandes aprietos que os esperan. Y en esto considera al Señor hincada la rodilla, como verdadero Hijo, á

su

su verdadera Madre, y considera á la Madre Santísima puesta á sus plantas, y que hecha un mar de amarguras, le hablaría con el alma. ¡O Dios altísimo, y santísimo, esposo de mi alma, Hijo de mi corazón! confortadme en esta hora, que es grande mi tribulacion. ¿En un mar de amarguras me dexais anegada, y os retirais? ¿La corriente del amor de los hombres os arrebatá á la muerte, y os aparta de mi vista? Atended, Señor mio, que me dexais en medio de la tormenta, sin tener á que asirme, batallando entre las embravecidas olas de tristezas, y ahogos indecibles: dadme la mano de vuestro poder divino, para que pueda subsistir el alma afligida. Piensa que el Señor le dió á su Madre Santísima la mano, y usandó de su poder, la confortó con poderoso milagro; y echándole su bendición, se apartaron los dos con tanta pena, quanto ni los Querubines pueden ponderar. El Señor cogió con sus Discípulos el camino para el Cenáculo, y nuestra Señora con Santa María Magdalena para su casa. Vé acompañándola, que luego en dexándola en su retrete, te volverás al Cenáculo, y aprende á dexar por Dios el amor de todas las cosas, aunque te cueste mucho, atendiendo á la inefable pena que le cuesta al Señor el apartarse de su

Madre, por Camplir la voluntad de su Padre, y acudir á tu remedio.

208 Considera como habiendo el Señor llegado con sus Discípulos á la Casa del Cenáculo, como dice S. Buenaventura, antes de subir arriba se fué á la cocina, pidió un perol, ó caldero grande, y con sus propias manos le puso al fuego, y luego dispuso otros cántaros con agua fria, preparó un lebrillo, y la tohalla para lavar los pies á los Discípulos, y luego se subió con ellos al Cenáculo. Sentáronse á la mesa, y el Señor les dixo: Grandemente he deseado que se me llegase esta hora, y tiempo de cenar con vosotros antes de mi pasión, y muerte. Ahora ya es tiempo, alma, de que vayas pensando cada cosa de por sí, y dile á tu Dios, puesto que callan los Discípulos: Señor mio, y Dios mio, ¿no es esta la hora mas triste para Vos que habeis tenido en toda vuestra vida? ¿No os habeis apartado de vuestra Madre, cuyo apartamento os tiene partido de dolor el corazón? ¿No es este el tiempo de vuestros mayores conflictos, penas, y tormentos? ¿No es ahora quando habeis de batallar con las agonías de la muerte, con el demonio, y con los malos, que como tres esquadrones armados os han de cargar de congojas, oprobrios, afrentas, bofetadas,

sa.

salivas, azotes, y dolores crue-
lísimos? ¿No es ahora quando os
han de clavar de dos palos, y
clavado por los pies, y por las
manos, habeis de estar en ese
inhumano tormento colgado por
tres horas, hasta que la gran-
deza del dolor os quite la vida?
¿Ignorais vos acaso cosa alguna
de estas? ¿Pues cómo tanto de-
seais esta hora? ¿cómo tantas an-
sias porque se llegue este tiem-
po? Haz cuenta que te responde
tu Dios, y dice: Es así, alma,
como tú lo dices; pero ahí co-
nocerás quán grande es el amor
que te tengo; pues no obstan-
te todas esas amarguras que me
esperan, considerando que con
ellas te remedio, y te libro de
la perdicion eterna, y te abro
las puertas del Cielo, olvidado
de mis dolores, y afrentas, so-
lo en tu alivio pienso: no ha-
go caso de mis males, porque
conozco que son bienes tuyos:
mis agonias son consuelos tu-
yos, tu libertad mis prisiones,
mis azotes tu regalo, mis opro-
brios, y afrentas tus honras,
mis heridas tu medicina, mis
dolores tu salud, mis llagas tu
refugio, mi cruz tu descanso,
y mi muerte tu vida. ¿Pues có-
mo quieres que mi amor no cla-
me por la hora, y tiempo de
tantas conveniencias tuyas? Si
yo me amara á mí, y no te qui-
siera á tí, tenias razon en du-
dar porque llamo hora desea-

da la de mis penas; pero ahora
que conoces mi amor, ya no
tendrás razon en no amar por
mí lo que yo amé por tí. Dile
que sí, y que ya en adelante
entenderás por tu gloria, y go-
zo sus penas, sus azotes, y
su cruz, y que la hora de
penar, esa tendrás por suya;
y aquella en que te alegrares,
esa tendrás por del mundo, de
tu carne, y tuya. Dile tambien,
que ya no quieres que tu hora
sea otra que la suya: la que el
Señor llama suya, esa sola ten-
drás por tuya.

209 Considera como llegó
el cordero á la mesa, y se lo pu-
sieron delante del Señor, y vién-
dole su Divina Magestad, se
consideró á sí mismo en él repre-
sentado. Y tú, que has de ob-
servar todos los movimientos, y
acciones de tu Señor, repara
como al mirarlo se suspende, y
se muda como asustado su di-
vino semblante, y pregúntale
con humildad ansiosa de apren-
der, y sacar provecho de to-
das sus acciones, y obras: Dios
mio, parece que ese divino ros-
tro se ha turbado así que vis-
teis el cordero en la mesa. ¿Qué
habeis visto en él, Señor mio?
Decídselo á vuestro esclavo.
Haz cuenta que te responde
con palabras tristes, pero tier-
nas, y amorosas: ¿Vés, alma,
ese cordero? ¿veslo desollado?
¿veslo descoyuntado, y asado en

es-

estós asadores, que hacen for-
ma de cruz? ¿Véslo muerto, y
comido? Pues haz cuenta que
en él me vés á mí. Este cor-
dero mandó mi Padre que se
comiese en esta Pasqua; cuya
misteriosa circunstancia es en
memoria de la libertad que con-
siguió el pueblo de la esclavi-
tud de Faraon: todo representa-
cion de mí mismo, que soy el
Cordero de Dios, que por des-
truir del mundo los pecados, y
librar las almas de la esclavitud
del demonio, tengo de ser sa-
crificado mañana por ellas. ¿Vés
que á este cordero lo prendie-
ron en el campo, y atado lo tra-
xeron á Jerusalem, apartándolo
de la manada? pues esta noche
me prenderán á mí en el campo,
y apartándome del rebaño corto
de mis Discípulos, preso con ca-
denas, y sogas me traerán como
ladron á Jerusalem. ¿Vés esos bá-
culos que tienen estos en sus ma-
nos? pues en ellos entiendo los pa-
los, los golpes, y malos tratamien-
tos con que me han de herir.
¿Vés este cordero desollado? pues
así me tengo de vér mañana,
con mas de cinco mil azotes
desollado. ¿Vés este cordero asa-
do en forma de cruz? pues ma-
ñana á la hora de sexta me tengo
de vér clavado en la cruz, asa-
das, y consumidas mis entrañas
á manos de una cruelísima sed, y
calentura mortal, sin hallar mas
refrigerio que la hiel, y vinagre,

que la impiedad humana me ha
de dar á beber. ¿Vés esas lechu-
gas amargas? pues esas son las
amarguras infinitas de que me
tengo de vér lleno en un total
desamparo de mi Padre, y de mi
Madre, y de todas las criaturas,
porque en ninguna tengo de ha-
llar consuelo. ¿Vés este cordero
muerto en esta mesa? pues así
me verán mañana en el monte
Calvario. Vés aquí, alma, mi
suspension: vés aquí la causa
de mi turbacion: vés aquí por
qué me viste demudado el co-
lor, y fué la causa la presen-
cia de mis tormentos, y de mi
muerte, que aunque yo la bus-
co, y la amo para tu remedio,
mi naturaleza pasible se estre-
meció así que se vió con ella
por delante. No te olvides de
ella, puesto que por tí la padeci-
ponla siempre por delante, que
con eso temblará tu alma de
ofenderme. Dile que sí, y que
ya en adelante ese será el úni-
co plato de tu gusto. Tu pan
serán sus dolores, tu regalo sus
amarguras, tus deleytes su hiel,
y vinagre, tus galas sus azotes,
y púrpura, y tu descanso su
cruz; y mira que como lo dices
lo hagas.

210 Considera como ha-
biéndose repartido el cordero
entre todos los Apóstoles, estan-
do ellos comiendo, el Señor les
dixo, como uno de ellos le tenia
vendido á sus enemigos, y había

S pac-

pactado con ellos entregarle en sus manos; O palabra llena de espanto, y dolor para los Discipulos, que le amaban! Como un cuchillo riguroso les atravesó los corazones: quedarónse con el bocado en la boca: suspensos, atónitos, y cargados de miedo, empezaron á preguntarse unos á otros, que quién sería á quien habia él de dexar de su mano, para que hiciese una tan grande maldad; y vueltos á su Divino Maestro, le dixo cada uno: ¿Soy yo acaso, Señor? ¿Soy el traidor? Judas calla. Respondió su Divina Magestad, diciendo: El que entra la mano conmigo en el plato, ese me ha de entregar. Piensa tres cosas en este punto. La primera, que por qué el Señor les dió este susto en medio de la Cena? Pudo dexarlos acabar, y como despues lo volvió á repetir, decílo entonces; y no quiso: y si le preguntas el por qué, te responderá que lo hizo: lo primero por reprehender á Judas, que estando en pecado mortal, comia tan sin cuidado, con tanto gusto como si su alma estuviera del todo asegurada en la gracia de Dios. Lo segundo, que por enseñar á los suyos que ha de ser su pan en esta vida pan de dolor, y que no se han de entregar á las comidas, sin llevar por compañera la memoria de su Pasion, y de la propia miseria, y

mucho menos á la mesa del Cordero consagrado, cuya representacion era aquel. Lo tercero, mira quan humildemente sentian de sí los Sagrados Apóstoles, y quan grande era la estimacion que los otros tenian de los otros; pues cada uno piensa de sí propio, pareciéndole que solo en él podía caber semejante maldad, y no en otro alguno de los presentes: aprende á sentir baxamente de tí, y altamente de tus próximos: bastantes motivos les habia dado Judas para que pudieran pensar si sería él; pero ninguno atendia sino á sus defectos. Piensa tambien la prudencia con que el Señor respondió á su pregunta: El que entra conmigo la mano en el plato (dixo su Divina Magestad), ese me ha de entregar; y no era solo Judas el que la entraba, otros comian con el Señor; pero lo que se puede pensar es, que el maldito por sí, sin que el Señor se lo mandase, porque su soberbia le hacia desatento, á vista de la mansedumbre del Señor; mas los otros, como humildes, comian con el Señor, porque así se lo mandaba su Magestad; y así sacarás de aquí una doctrina muy necesaria para el trato con Dios, que le has de tratar á su Divina Magestad con gran decoro, y reverencia, considerando su grandeza, y tu pequeñez.

211 Considera como acabada

da la Cena, se levantó el Señor, y dexando puesta la mesa, se baxó á la parte inferior de la casa, como dicen muchos Padres, y quitándose sus vestiduras, mandó á los Apóstoles que se sentasen; y ciñéndose un lienzo, con sus propias manos cogió agua caliente, fria, y templada en un lebrillo: se fué á los pies de los Apóstoles, y puesto de rodillas delante de ellos, se los lavó, y se los limpió, y besó, como dicen muchos. Este es el punto de la meditacion, en donde tienes muchas, y divinas consideraciones que hacer: busca en todas el provecho de tu alma, que para eso las ordenó el Señor. Considera, pues, como queriendo el Señor dar principio al Testamento Nuevo, y á la santísima Ley de Gracia; primero concluyó en aquella Cena Legal las ceremonias, y las figuras de la Ley antigua, que todas eran carnales, y sombra de las espirituales; y de aquí has de sacar un conocimiento de tí mismo, muy necesario para entablar la vida espiritual. Has de saber que eres compuesto de dos partes, que son carne, y espíritu, y cada una tiene su ley, y cada una quiere que prevalezca la suya: la carne es contraria á la ley del espíritu, y asimismo le hace guerra, como lo dixo S. Pablo, que sentia en sus miembros una ley, que repugnaba la ley del alma: la ley de la carne es

carnal, y manda que se gaste la vida en comer, y beber, dormir, y pasear: la del espíritu manda que se gaste en servir á Dios por el exercicio de las virtudes, y vida espiritual: trata, pues, á imitacion de tu Señor, de dar fin á esa ley carnal, si quieres dar principio á la vida espiritual.

112 Considera ahora todas las circunstancias de ese misterioso Lavatorio, que todas están llenas de divinos Misterios. Lo primero considera aquellas palabras, que como preámbulo, dice el Sagrado Evangelista: Sabiendo el Señor, que todas las cosas puso en sus manos el Padre, y que habiendo salido de Dios, camina á Dios, se desnudó de sus vestiduras: ciñóse un lienzo: echó agua en la vacía, y empezó á lavar los pies á sus Discipulos. Vés aquí, devoto, el principio del Nuevo Testamento, y Ley Santa de la Gracia. Todas las cosas puso el Padre Eterno en las manos de su Hijo: ¿y qué hace ese poderosísimo Señor, dueño de todas las cosas del Cielo, y de la Tierra? ¿Qué hace este Soberano Señor, que por la generacion eterna procede del Padre, tan grande, tan illustre, y tan poderoso, y perfecto como él? ¿Qué hace este Señor, que por la generacion temporal es concebido, y nacido milagrosamente Rey natural, no solo de Judéa, sino de todo el

universo mundo? ¿Qué hace este Señor, que salió de su Eterno Padre, y vino al mundo, y ahora quiere dexar el mundo, y volver á su Eterno Padre? Mira sus últimas obras, ténlas muy en la memoria. Desnúdase de sus vestiduras, cíñese como esclavo, y arrodillado á los pies de los hombres, inclinado su divino rostro, se los lava: desnúdase de su grandeza, se viste, y pone en trage de siervo; y no contento con el trage, júntalo con las obras, humillándose, y abatiéndose á los pies de sus criaturas. ¡O Alteza incomprehensible de Dios! ¡O Abismo inapeable de la humildad de Jesu-Christo! ¿Sabéis Vos, Dios mio, quién sois? ¿Conoceis vuestra altísima dignidad? Ya lo dice, que sabe que es Hijo verdadero de Dios, y Señor universal de todas las cosas. ¿Pues así salís de Vos mismo, Dios mio? ¿Quién es el que os saca fuera de Vos? ¿Quién os desnuda de la grandeza, y Magestad, y os viste de esclavo? ¿Quién os hace dexar el Trono de Serafines, y os abate á los pies de unos pobres Pescadores? ¡Y lo que mas pasma, y asombra, á los pies del condenado Judas! ¿Quién sino tu amor, alma mia? Haz cuenta, que responde el Señor: Tu amor es el que triunfa de mi grandeza, es el que me avasalla. Salí de mi Padre, y te vengo á buscar al mundo: vuelvo á mi

Padre, y quiero llevarte conmigo; y así me desnudo de mis propias vestiduras, para que tú te desnudes de los vicios, para que te desnudes de tí misma, y para que te desnudes del mundo, y sus vanidades. Cíñome con este lienzo, para que tú te ciñas, porque es angosta la puerta por donde habemos de entrar. Póngome en trage de siervo tuyo, porque tú no te corras, ni te afrentes de serlo mia: póngome á tus plantas, para rogarte que te vengas conmigo, y me sigas, porque aunque yo podia usar de mi poder para atraerte, pero mi amor no quiere, sino que vengas por amor: pongo á tus pies las manos, en que están todas las cosas, para que entres en el verdadero conocimiento de que quanto tengo lo pongo á tus plantas, y para que conozcas quánta es la grandeza del amor que te tengo; y Yo mismo te lavo los pies, que son los afectos de tu corazon, y estando limpios los aplico á mis labios, y te doy aquel ósculo de amor, por quien tanto elama la Esposa santa. Ea, alma, ¿no te enamoran estas razones? ¿Tendrás ánimo para dexar un Dios tan amante, y amoroso? ¿No te cautiva el corazon ver á Dios tan amorosísimo arrodillado á los pies de su criatura? ¿Qué mayor extremo puede hacer su amor?

213 Considera como el Señor

ñor

ñor empezó á lavar los pies de los Discipulos, y comenzó, como dicen los mas, por San Pedro, aunque otros dicen, que comenzó por Judas; porque como era el enfermo de mas peligro, quiso el Señor aplicarle primero la medicina: pero dexémoslo por in-mundo, porque aunque el Señor le lavó, mas sucio se quedó de lo que estaba, y vamos á nuestro Santo Apostol. Llegó el Señor con la vacía á sus pies, á arrodillarse, y se los pidió para lavárselos. Quedóse asombrado, y espantado el Santo Apostol; y es de creer que retiró los pies, juntó las manos, y puesto de rodillas, hecho dos fuentes de lágrimas sus ojos, con profundísima reverencia, y humildad, le dixo, ¿Vos á mí, Señor, me lavais los pies? ¿Vos, que sois mi Dios, mi Criador, y mi Señor? ¿Vos, que sois Hijo verdadero de Dios, á mí, que soy un vilísimo pecador? ¿Vos os arrodillais delante de mí, y me queréis lavar los pies con esas divinas manos, en quien puso el Padre sus tesoros? Calla (le respondió el Señor), que lo que Yo hago tiene misterio, el qual tú ahora ignoras: despues te lo explicaré Yo. ¡O Señor! (prosiguió San Pedro) salva vuestra divina reverencia, eso yo no lo consentiré, que Vos me laveis á mí los pies, ni tampoco puedo sufrirlo. Los pies sucios, y enlodados: los

pies toscos de un rústico, y pobre Pescador: los pies que han andado por las sendas de la perdicion, ¿quereis que se pongan en las manos del Dios verdadero? No, Señor mio, jamas lo consentiré. Miróle el Señor con severidad, viendo que la humildad, y reverencia se pasaban á vicioso extremo, y le dixo: Atended, Pedro, que si no consentís que os lave, os echaré de mi compañía. Atemorizado el Santo con esta amenaza, temblando le dixo á su Divino Maestro: Señor, de esa manera no solo los pies, sino tambien las manos, y la cabeza: aquí estoy, haced de mí, y en mí vuestra santísima voluntad. Sosegó entonces su Divina Magestad el ánimo tímido, y turbado de San Pedro, diciéndole: El que está limpio no necesita de lavarse mas que los pies; y vosotros limpios estais, aunque no todos. Pondera todas estas palabras, que en todas tienes buena doctrina. Pon delante de los ojos de tu alma, que si tanta admiracion le causó á San Pedro el ver arrodillado delante de sí al Hijo de Dios, ¿qué admiracion sería la de los Angeles, que tiemblan en su presencia? ¿Qué atónitos se quedarian viéndole lavar, y besar los pies de los hombres? Y quando el Señor les revelase que aquello lo hacia por hacer humildes á los hombres; quando despues los viese en-

engreídos, y llenos de soberbia, ¿ qué dirían? ¿ Qué dirán ahora, viéndonos tan altivos, y soberbios?

214 Considera cuán digna es de reprehension en la escuela del Señor la propia voluntad, aunque vaya vestida de reverencia de Dios, y de conocimiento propio, puesto que por ella quiere el Señor desterrar de su compañía á su Apóstol; y tiembla de tí mismo, y en cosa grande, ni pequeña alterques con el que te gobierna en nombre del Señor, ni menos te dexes engañar de humildades falsas, que con especie, y color de tales, son soberbias que resisten á Dios. Pondra tambien como la compañía del Señor no sufre muchas; y tiembla de aquella palabra del Señor: Si no te lavare, no tendrás parte en mí; esto es, en mi Gloria, y en mi Reyno, como explica la Version Siriaca. Mira cuán de temer son las manchas del alma, que nos destierren de Dios, y de su Gloria. Lavate, pues, con cuidado en la Confesion Sacramental, y mira como te lavas, porque muchos son como Judas, que del Lavatorio salió mas manchado de lo que estaba. Piensa como aunque estés limpio, necesitas de lavar te los pies, que son las culpas veniales, que se contraen por los afectos terrenos: no las tengas en poco, que te disponen pa-

ra las caídas mortales; y fuera de eso son muy grandes impedimentos para aprovechar en el ejercicio de la oracion, y mas en particular para llegar á la mesa del Altar. Estos reparos has de hacer y entender, que es el principal estudio de la meditacion, y oracion el descubrir las virtudes en la vida, y obras del Señor, para ponerlas por obra; y esto quiso enseñar el Señor en las palabras que dixo inmediatamente despues del Lavatorio: Exemplo os he dado, para que conforme Yo hice, así hagais vosotros. Y esto se entiende (como dixo el Apostol San Pablo) no solo en esta ocasion, sino en toda su vida santísima.

215 Considera como acabado el Lavatorio se subió el Señor consus Discípulos al Cenáculo, y volviéndose á sentar á la mesa, cogió el Señor un pan en sus santas, y venerables manos, y bendiciéndole, lo partió, y dió á sus Discípulos diciendo: Tomad esto, y comedlo todos, porque este es mi Cuerpo, que por vosotros ha de ser entregado. ¿ A quién? A la Pasion, y muerte afrentosa de la Cruz. Y tomando luego el Caliz, le bendixo, y se les dió diciendo: Bebed todos de él; porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros, y por muchos será derramada en remision de los pecados. Esta es la Institucion del Divino Sacramen-

mento del Altar, aquella nueva, é inaudita maravilla que el Divino Amor reservó para lo último, para echar en ella el resto de sus finezas, y obrar en aquellas maravillas el mayor de sus milagros. Y así dice el sagrado Evangelista, que cogió el pan en sus manos, para dar á entender que es obra de todo el poder, y omnipotencia de Dios. Acuérdate, que hablando el Espíritu Santo de la Creacion del mundo, dice que es obra de sus dedos. Y hablando de la Encarnacion, Vida, Pasion, y Muerte, dice, que son obras de la mano de Dios, enviado de lo alto para librar al hombre; pero aquí dice que esta obra es de entrambas manos, que es de toda la Omnipotencia Divina, que tiró la barra en comunicarse con liberalidad, y largueza infinita. En la Creacion mostró su amor en comunicarle la participacion limitada de su sér: en la justificacion, la participacion limitada de su naturaleza por la gracia: en la Encarnacion todo lo comunicó; pero solo á la naturaleza de Christo nuestro Señor: en la Predicacion les mostró la luz de su sabiduría, y en la Pasion, y Muerte les declaró su amor; porque no puede ser mayor la caridad, que poner la vida por el amado; pero en este Divino Sacramento no anda con limitaciones, que de todo punto se dá á los hom-

bres el mismo Dios con toda su Esencia, Naturaleza, Personas, Propiedades, y Atributos. Dásele al hombre el mismo Jesu-Christo en quanto Hombre, y en quanto Dios, con toda su Alma, su Cuerpo, su Divinidad, y con todo el tesoro de sus infinitos merecimientos, de sus hambres, sudores, cansancios, frios, fatigas, penas, y martirios, y todo se da, no á uno, sino á todos, y cada uno de por sí, para que lo tenga por suyo, lo tome, y lo guarde en su pecho con tanta particularidad, como si este Señor fuera de uno solo; así lo recibe todo, como si no le recibieran los demás. ¡ O amor incómparable! Así como mi Padre me amó á Mí, así Yo os amé á vosotros, dice el Señor. Mi Padre, por el amor que me tiene, puso en mi mano todas las cosas, y Yo por el amor que os tengo á cada uno de vosotros me doy con todas las cosas. Piensa en esta fineza, Cristiano, y date tú al mismo Dios con todas tus cosas, con toda tu alma, con todo tu cuerpo, y quanto tienes: no le reserves nada de tu miseria, puesto que su Magestad no te reserva nada de su grandeza.

216 Considera ahora todas las acciones, y palabras, con que el Señor acompañó este divino beneficio, y piensa en cada una de ellas lo que su Divina Magestad